

EL
ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEBLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*La Modestia*, por D. M. Ramos y Carrion.—*El sombrero de copa*, por D. Constantino Gil.—*Contrastes*, por D. E. de Lustonó.—*Pedro y Camila*, (conclusion), por Alfredo de Musset.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*A nuestras lectoras*, por la Redaccion.

Con este número se reparten los retratos de *Catalina Gabrielli*, *Eloisa* y *Maria Teresa de Austria* y los pliegos diez y seis y diez y siete del tomo sexto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS
DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE TERCERA.

MADRE.

(Continuacion).

IX.

LUCIANO A JUAN.

Epila, julio de 18...

¡Qué extraña impresion me ha causado tu carta, amigo mio! apenas podia persuadirme de que fuera tu mano la que la habia escrito, y aunque miraba tu letra, creia que mis ojos me engañaban!

Juan, yo no he vivido jamás en las grandes poblaciones, yo soy un hijo del campo: en él he nacido, en él me he criado y en él he amado y me he unido á la mujer á quien amaba: pero, á pesar de mi absoluta falta de mundo, no creo bien hecho lo que tú haces, y me parece que hubieras sido mucho mas dichoso, conservando tu feliz ignorancia de la vida, que estudiando tanto, á riesgo de que te disgustase todo lo que debias amar.

Sí, Juan: te compadezco, y bendigo á Dios porque me ha dado la fortaleza que te ha negado á tí: porque nadie es mas débil, que el que

no sabe ó no puede cumplir con sus deberes, ó aquel que los desconoce.

Tú me confiaste todos los trámites de tus amores con Mérida, que seguí con vivo y creciente interés: yo respeto y estimo á tu esposa, sin conocerla, y no puedo comprender cómo tu te has dejado alucinar por otra aficion, cualquiera que ella sea, viviendo al lado de ese ángel, que el cielo te ha dado para compañera.

Sí, Juan, porque á pesar de que no me lo confiesas, veo bien clara y distinta tu aficion hácia esa baronesa de Castellan, que tal vez —como decia mi padre, que tiene mundo—será alguna aventurera, y mujer de mala vida, que habrá ido ahí á ocultarse por algun tiempo.

No te dejes dominar por una vanidad necia y estúpida, dedicándote, para distraer tu hastío, á unos amores que solo amarguras pueden traerte: teme una de dos cosas; ó la muerte de Mérida, si ella te ama, ó su desamor, si es que la ves resignada y tranquila: porque de esta triste alternativa no puedes huir: si te ama, morirá: si no la ves troncharse como una flor abatida por el huracan, es que ha dejado de quererte.

Yo vejeto, como tú dices, pero vejeto en la felicidad: soy esposo que ama á su mujer, y que no desea, ni piensa en otra compañera para sus alegrías y sus tristezas: mis hijos me parecen los mas hermosos del mundo, y agradezco á mi esposa el que sea su madre, porque los educa algo vulgar, pero cristiana y tiernamente.

Mi anciano padre vive feliz á nuestro lado: mi hermano Vicente, casado tambien en este pueblo, es igualmente dichoso, y su esposa y la mia se entienden como dos hermanas; juntas pasean, y se ayudan recíprocamente en todos los quehaceres y fatigas de la casa: por la noche, nos reunimos todos en torno de una gran mesa redonda, donde mi esposa y la de Vicente hacen labor; yo dibujo, y Vicente lee algun buen libro cristiano y tierno, que está al alcance de todos, y que mi padre entiende y saborea, con su lógica luminosa y su sencilla buena fe: mis dos hijos, y el de mi hermano, duermen juntos en una alcoba inmediata, y oímos el dulce y acompasado rumor de sus respiraciones.

A las diez, Vicente y su esposa se retiran: una criada robusta, que charla en la cocina con las mias, coge en sus brazos á mi sobrino y se retiran á disfrutar de las dulzuras de un sueño tranquilo, reposado y feliz, hasta que la luz del nuevo dia llama al trabajo y á las diarias tareas.

Las noches de los domingos jugamos á la *Aduana* ó á la *Lotería*, esos dos juegos de la familia y del hogar: las ganancias se ponen en un fondo comun, y luego, cuando hay bastante reunido, disponemos un dia de campo, ó una merienda en la pradera, de la que participan algunos vecinos que se asocian tambien á nuestros juegos en las noches de los domingos.

—¡Qué vida tan tonta! esclamarás tú: y sin embargo, Juan, no la cambiaria yo por la tuya, tan ajitada, tan llena de ambicion, tan exhausta de paz y de felicidad, que me hace compadecerme profundamente!

LUCIANO.

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

LA MODESTIA.

Envuelta en tupido velo
Bajó al mundo la modestia,
Ocultando cuidadosa
Su peregrina belleza.

Por su recato los necios
Juzgaronla al punto fea,
Y los sábios, por lo mismo,
Creyeron que fuese bella.

Desde entonces su misterio
Los ignorantes desprecian,
Y solamente los sábios
Cruzan el mundo con ella.

M. Ramos y Carrion.

EL SOMBRERO DE COPA.

No voy á ocuparme en describir con variados colores los portentos de la naturaleza, no voy á pedirle inspiracion al génio para pintar las dulzuras de la vida del campo, ni voy á describir con frases bélicas los horrores de las batallas, esos grandes discursos de los pueblos civilizados, en que espresan sus quejas con frases de plomo, exclamaciones de muerte, períodos de sangre, silogismos *rayados*, é imágenes de *fuego*.

No te asustes, lector, voy á hablar un poco de ese ser tan diverso, tan extraño, y tan semejante al mismo tiempo, que llamamos hombre.

Pero no es en el hombre, propiamente hablando, donde voy á detenerme, voy á fijarme en su vestido, en esa especie de corteza mas ó menos lujosa y mas ó menos rara, conque las leyes de la sociedad cubren nuestro cuerpo, para distinguir por ella la gerarquía ó posicion, como suele decirse, del que la lleva.

Si fuera á examinarle paso á paso, ó mejor dicho, pliegue á pliegue, necesitaria escribir, no un ligero artículo, como el presente, sino un poema satírico en tantos cantos, como prendas tiene ese diploma de persona decente que llamamos traje.

Pero voy á ser breve, no quiero detenerme en la parte interior, el centro lo dejaré para otro dia, pasaré hoy de largo por la cabeza del individuo, subiré un poco mas y me encontraré con una gran mole, negra como el sueño de un malvado, informe como la ridiculez, inverosímil como la mentira, é infinita como el pensamiento.

Esto es lo que se llama sombrero de copa.

De aqui al cielo no hay mas que un paso.

¿Cuál es el origen del sombrero?

Muchas veces me he hecho esta pregunta.

Siempre me he llevado la mano á la cabeza para tratar de sacar de mi cerebro la solucion de este problema.

Y siempre me he encontrado con ese quid pro quo cilíndrico, con ese absurdo que cuesta cuatro duros, y con el que nos mostramos mas orgullosos que si ciñeramos á nuestras sienes una corona de laurel, ó una corona de perlas.

¿Dónde están sus ventajas?

No las veo.

¿Nos proporciona alguna comodidad?

Absolutamente ninguna.

¿Dá sonibra?

No.

¿Tiene algun chiste, ya que le han bautizado lo tambien con el nombre de *chistera*?

Maldito.

¿No es útil para algo?

Para nada absolutamente.

¿V vivirá?

¡Oh! eso sí, casi indefinidamente.

¿Y porqué? no es tan absurdo ese vaticinio como el objeto mismo que le produce?

De ninguna manera.

El hombre ha comprendido que bien sea por higiene ó por *darse* mas representacion, ó por no sé qué, necesitaba cubrir su cabeza con algo, algo que ocultase su cráneo á las indiscretas miradas del vulgo, algo que fuere, por decirlo así, un símbolo de su poder, de su grandeza, y su civilizacion.

Y el hombre ha trabajado dia y noche para encontrar esta incógnita.

Muchos se han quedado calvos, como suele decirse, al tratar de resolver este problema.

La humanidad, en fin; ha sacrificado sus cabellos uno por uno, en aras de lo que tan ardentemente buscaba: en una palabra, hemos descubierto nuestras cabezas para encontrar una *cosa* conque *cubrir*las.

Remontémonos á los primeros tiempos.

Adan cubrió su cabeza con hojas de plátano ó de morera, ó con algunas de mayores dimensiones que probablemente se encontrarían en el paraíso.

Quizá de las sucesivas generaciones de aquella morera se alimentara el gusano que ha de fabricar la seda conque acaso se construye el sombrero que cubre la cabeza del último individuo de la especie humana.

He aquí ligado el sombrero de Adan, con el de su último hijo.

Pero dejémonos de consecuencias é investigaciones inútiles, tan inútiles ó acaso mas que el objeto que las motiva.

Lo cierto es que el sombrero de copa es el rey absoluto de la cabeza del hombre del siglo XIX.

En nuestros dias puede muy bien decirse «*El sombrero es el hombre.*»

Me explicaré.

Que ha llegado á dominarnos, es una verdad que no necesita demostracion.

Basta una mirada para convencerse de que está por encima de nosotros.

Veamos su influencia.

Un hombre cubierto, y sin pronunciar una palabra en medio de una reunion, no es un hom-

bre, es un ser sin cultura, sin civilizacion, es casi un salvaje.

Si ese hombre se descubre, si traslada su sombrero á la mano, si lo toca ligeramente con esta, ya es otra cosa, ya se le califica de hombre urbano: al apoyar la mano sobre el ala del sombrero, como por un estremecimiento eléctrico, desaparece de la imaginacion de los que le rodean la opinion desfavorable que habian formado de él.

Un hombre que se quita el sombrero agitando suavemente en la mano, es un ser ideal, un tipo, perfecto de cumplido caballero.

El sombrero, entre nosotros, es un incensario que exhala mas ó menos perfume segun á la altura que se coloca, ó el mayor ó menor movimiento que se le comunica.

El sombrero es una especie de *pasaporte* para el interior del mundo social.

Su mayor ó menor altura señala la posicion del que lo lleva.

En él se refleja, como en un espejo, la fortuna de su dueño.

Para ser un hombre brillante, es necesario que brille mucho nuestro sombrero.

Si está deteriorado y no brilla, dirán que se ha puesto el sol de nuestra fortuna.

Un sombrero que no *reluce*, no puede pertenecer mas que á un hombre *deslucido*.

Si al cabo de tantos saludos como se hacen al dia, se le doblan un poco las alas, la sociedad nos mirará con indiferencia, y dirá cuando pasemos á su lado: «*ese vá caído de ala.*» Si la m damos, para volver á alternar otra vez con los que nos desprecian, tal vez consigamos enganarles algunos dias, pero si lo llegan á notar ¡pobres de nosotros! porque dirán «que aleteamos.»

En resumen, la importancia de un hombre está en razon directa del número de sombreros que se agitan en torno suyo, y en razon inversa del número de veces que él lo agita.

Finalmente, le ridiculizaremos por todos los medios posibles, pero no lo venceremos: seguirá creciendo hasta perderse entre las nubes, estenderá sus *alas* por todo el ámbito terrestre. le volveremos á atacar, y empezará á disminuir hasta confundirse con nuestra cabeza. Entonces nos parecerá mas ridiculo todavía que ahora, y no tendremos mas remedio que dejar que se desarrolle, que estienda su poder por todo el mundo civilizado, que se poseione de todas las clases de la sociedad.

He dicho que vivirá y prueba evidente de ello

son las diferentes conspiraciones que se han fraguado contra él, y de las que ha salido siempre victorioso.

Se ha tratado de avergonzarle por todos los medios posibles, pero él ha sido siempre generoso, ha resguardado siempre de las inclemencias atmosféricas las mismas cabezas donde se encerraba el volcan de pensamientos que trataban de destruirle, y la humanidad le ha rendido tributo, al fin, conduciéndole en triunfo sobre sus hombros.

No hay que darle vueltas, será todo lo raro y estrafalario que se quiera, pero lo cierto es que se ha colocado sobre nuestras cabezas. La verdad es que domina como quiere y de la manera que quiere.

Absoluta y hasta despóticamente.

El es nuestro rey, nosotros sus súbditos y tenemos que rendirle homenaje.

No hay que darle vueltas.

Estamos debajo del sombrero de copa.

Constantino Gil.

CONTRASTES.

Hubo un tiempo en esta vida
En que, sin leyes ni fueros,
Iba la virtud vestida
Y las personas en cueros.

Hoy es todo diferente,
Temiendo por la salud,
Anda vestida la gente
Y desnuda la virtud.

E. de Lustonó.

PEDRO Y CAMILA.

POR ALFREDO DE MUSSET.

(Conclusion).

Allí fué donde el tío Giraud le fué á encontrar una mañana: desde el día siguiente al en que habia hallado á los dos jóvenes juntos, el buen hombre habia salido de París con su sobrina; habia llevado á Camila al Mans y la habia dejado en su propia casa, para atender al resultado del paso que él iba á dar.

Pedro, advertido de este viaje, habia prometido ser fiel, y estar pronto á cumplir su palabra: huérfano desde largo tiempo, dueño de su fortuna, no teniendo necesidad de tomar el parecer de su tutor, su voluntad no habia tenido que temer ninguna obstáculo: el buen Giraud,

por su parte, deseaba servir de mediador y trataba de casar á los dos jóvenes: mas no comprendia que aquella primera entrevista, que le parecia estraña, se pudiese renovar de otro modo que con el permiso del padre y del notario.

A las primeras palabras del tío Giraud, el caballero manifestó, como puede suponerse, e mayor asombro.

Forzado, sin embargo, á reconocer que se hablabla seriamente, se le ocurrieron mil objeciones á un tiempo.

—¿Qué quereis? dijo á Giraud: ¿unir á dos seres igualmente desgraciados? ¿no es bastante que tengamos en la familia á esta pobre criatura de la que soy padre? ¿es preciso todavía aumentar nuestra desgracia dándole un marido semejante? ¿Estoy destinado á verme rodeado de seres que no son mas que objetos de desprecio y de lástima? ¿debo yo pasar mi vida con los mudos, envejecer en medio de su espantoso silencio y ver cerrados mis ojos por sus manos? mi nombre, que llevo sin vanidad, ¿Dios lo sabe! pero, en fin, que es el de mi padre, debo dejarlo á esos infortunados que no podrán ni escribirlo ni pronunciarlo?

—No le podrán pronunciar, dijo Giraud, pero escribirlo es otra cosa.

—¡Escribirlo! exclamó el caballero: ¿estais loco?

—Yo sé lo que me digo, y ese joven sabe escribir, replicó el tío; te aseguro que escribe muy bien y muy correctamente, de lo que esta proposicion, que tengo en el bolsillo y que es muy honesta, dá fé.

El buen hombre enseñó al mismo tiempo al caballero el papel sobre el cual el marqués de Maubray habia trazado las pocas palabras, que esonian de una manera lacónica, pero clara, el objeto de su demanda.

—¿Qué significa esto? dijo el padre: desde cuándo los sordo-mudos pueden manejar la pluma? qué cuento me referís, querido tío?

—A té mia, dijo Giraud, yo no sé qué es esto, ni cómo se puede hacer semejante cosa: la verdad es que mi intencion era distraer á Camila y ver la ópera: que ese joven marqués se encontraba allí, y que tenia una pizarra y un lápiz, de los que se servia con pasmosa habilidad. Yo habia creído siempre, como tu, que los que son mudos no podian decir nada: mas parece que hoy se ha hecho un descubrimiento, por medio del cual, todos ellos se comprenden y conversan. Se dice que es un



abate, del que yo no recuerdo el nombre, quien ha inventado este medio: en cuanto á mí, tu comprenderás que una pizarra no me ha parecido nunca buena mas que para colocarla sobre un tejado.

—Es formal lo que decís?

—Muy formal: este marqués es rico, tiene una linda figura, es noble, y galante: yo respondo de él: piensa en una cosa: ¿qué harás de la pobre Camila? Ella no habla, es verdad, pero esto no es por su culpa. Hé aquí un hombre que la ama: este hombre, si se la das, no se disgustará nunca de ella, á causa del defecto que tiene: sábelo que es por experiencia: estos niños se comprenden: el joven marqués sabe leer y escribir: Camila aprenderá á hacer otro tanto: esto no le será mas difícil que al otro: tu sabes bien que si yo te propusiese casar á tu hija con un ciego, tendrías el derecho de rehusar; pero te propongo un sordo-mudo, y esto es razonable: ya ves que despues de diez y seis años que tienes á esta niña, aun no has podido consolarte: cómo quieres que un hombre, como todo el mundo, se case con ella si tu, que eres su padre, no puedes verla con serenidad?

En tanto que el tio hablaba, el caballero echaba de vez en cuando una mirada hacia el lado de la tumba de su mujer, y parecía reflexionar profundamente.

—¡Volver á mi hija el uso del pensamiento! dijo despues de un largo silencio: Dios lo permitirá? es esto posible?

En este momento, el cura de la aldea vecina entró en el jardin: venia á comer al castillo: el caballero le saludó con aire distraido, y despues, saliendo de repente de su distraccion:

—Abate: le dijo: vos sabeis algunas veces las novedades, porque recibís los periódicos: habeis oido hablar de un sacerdote que ha emprendido la educacion de los sordo-mudos?

Desgraciadamente el personaje, á quien se dirigia esta pregunta, era un verdadero cura del campo de aquellos tiempos, hombre sencillo y bueno, pero muy ignorante y que participaba de todas las preocupaciones de un siglo, en el que habia tantas y tan funestas.

—Yo no sé lo que quereis decir, respondió, á menos que no sea la cuestion del abate de L'Epeé.

—Precisamente, dijo el tio Giraud: ese es el nombre que se me ha dicho.

—Y bien! dijo el caballero: qué se puede creer?

—Yo no sabré, replicó el cura, sino hablar con demasiada circunspeccion de una materia sobre la cual no puedo darme aun por completamente enterado: pero me inclino á creer, despues de los pocos indicios que me ha sido permitido recoger, que este M. de L'Epeé parece ser una persona por todos títulos venerable, pero que puede engañarse.

—¿Qué entendeis vos por eso? dijo el tio Giraud.

—Yo entiendo, dijo el sacerdote, que la mas pura intencion puede algunas veces faltar por el resultado: está fuera de duda, por lo que yo he podido comprender, que se han hecho los mas laudables esfuerzos: pero tengo motivos para creer que la pretension de enseñar á leer á los sordo-mudos, como piensa el caballero, es una quimera.

—Yo lo he visto por mis ojos, dijo Giraud: yo he visto á un sordo-mudo que escribía.

—Yo estoy muy distante, replicó el cura, de querer contradeciros de ningun modo; mas personas sabias y distinguidas, entre las cuales os puedo citar doctores de la facultad de París, me han asegurado, de una manera conveniente, que eso es imposible.

—Una cosa, que se vé, no puede ser imposible replicó el buen hombre impaciente. Yo he andado cincuenta leguas con un billete en mi bolsillo para enseñárselo á mi sobrino: aquí está.

Hablando así, el viejo maestro de obras habia sacado de nuevo su papel y le habia puesto ante los ojos del cura. Aquel, medio asombrado y medio resentido, examinó el billete, le leyó muchas veces en alta voz, y lo devolvió al tio, no sabiendo qué decir.

El caballero parecia extraño á la discusion: continuaba paseándose en silencio y su incertidumbre crecia cada instante.

—Si Giraud tiene razon, pensaba él, y si yo rehuso, faltó á mi deber: es casi un crimen lo que cometo. Una ocasion se presenta en la que esta pobre hija, á la que yo no he dado mas que la apariencia de la vida, encuentra una mano que busca la suya en las tinieblas donde está sumergida. Sin salir de esta noche que la envuelve para siempre, puede pensar que es dichosa. ¿Con qué derecho se lo impediré yo? qué diría su madre si estuviera aquí?...

Las miradas del caballero se volvieron de nuevo hácia el sepulcro; despues tomó el brazo del tio Giraud; dió algunos pasos alejándose con él, y le dijo en voz baja:

—Haced lo que queráis.

—En hora buena, dijo el tío, yo la iré á buscar y te la traeré: está en mi casa, y volveremos juntos: será cosa de un instante.

—No! respondió el padre: hagamos los dos que ella sea dichosa; pero volver á verla, me es imposible por ahora.

Un mes despues, Pedro y Camila se casaron en París en la iglesia de Petits-Pères: el ayo y el tío fueron los únicos testigos: cuando el sacerdote que oficiaba les dirigió las preguntas de costumbre, Pedro, que habia aprendido bastante para saber que en aquel momento era preciso inclinarse en señal de asentimiento, llenó bastante bien su papel; Camila miró á su marido, é inclinó la cabeza como él.

El marqués tenia una casa muy hermosa: Camila, despues de la misa, subió á un magnífico coche, que ella miraba con una curiosidad infantil. La casa, á la cual se la condujo, no fué para ella objeto de menos asombro. Las habitaciones, los caballos, los criados que encontró en ella le parecían otras tantas maravillas. El tío Giraud quiso que este matrimonio se hiciera sin ruido y toda la fiesta consistió en una cena muy sencilla.

X.

Un año habia pasado y Camila era madre.

Un dia que el caballero daba su triste paseo en el fondo del parque, un criado le trajo una carta escrita de una mano que le era desconocida y en la que se encontraba una mezola singular de distincion y de ignorancia; era de Camila, y decia lo que sigue:

«Querido padre mio: yo hablo, no con la boca, pero si con la mano. Mis pobres lábios están siempre cerrados, y sin embargo, sé hablar! mi marido me enseña á escribiros: porque habeis de saber que él ha nacido como yo: ¡cuanto trabajo he tenido para aprender! lo primero que aprendí, fue á hablar con los dedos, y despues á conocer las figuras escritas: las hay que espresan el miedo, la cólera y todo lo que se quiere: se tarda mucho en comprender y aun mas en formar las palabras, pero, en fin, se consigue el objeto, como veis: el abate de l'Epée es un hombre muy bueno y muy dulce, lo mismo que el padre Vanin, de la doctrina cristiana.»

«Padre, yo tengo un niño que es muy hermoso: no me atrevia á hablaros de él, antes de saber si será como nosotros. Pero no puedo resistir al placer que siento al escribiros, á pesar de nuestra pena, porque os aseguro que mi marido y yo

estamos muy inquietos, porque nosotros no podemos oírle: los demas dicen que habla, pero nosotros tenemos miedo de que se engañen: por eso esperamos con grande impaciencia ver si abre los lábios y si los mueve con el ruido de los que entienden y hablan. Habeis de saber que nosotros hemos consultado á los médicos para saber si es posible que el hijo de dos personas, tan desgraciadas como nosotros, no sea mudo, y nos han asegurado que esto es posible: pero no nos atrevemos á creerlo.»

«Juzgad con qué temor miraremos nosotros á este pobre niño, desde hace largo tiempo, y cuan embarazados nos hallaremos, cuando él abra su pequeña boca, puesto que no podemos saber si hace ruido: estad seguro, padre mio, de que yo pienso mucho en mi madre, porque ella debia inquietarse como yo. Vos la habeis amado con extremo; pero á mí creo que no, porque yo no he sido para vos mas que un objeto de tristeza: ahora, que sé leer y escribir, comprendo cuanto ha debido sufrir mi madre.»

«Si vos tuvierais lástima de mí, querido padre, vendriais á vernos á París: esto seria un motivo de alegría y de gratitud para vuestra hija respetuosa.

«CAMILA.»

Despues de haber leído esta carta, el caballero quedó indeciso por largo tiempo: habia tenido trabajo en fiarse de sus ojos y en creer que era Camila misma quien le escribia: mas era preciso rendirse á la evidencia. ¿Qué debería hacer? si cedia al deseo de su hija, si iba en efecto á París, se esponia á encontrar en un dolor nuevo todos los recuerdos de un antiguo dolor. Un niño, á quien no conocia, pero que era su nieto, podia renovarle las tristezas del pasado: y, sin embargo, no podia negarse á participar de la inquietud de la jóven madre, que esperaba una palabra de su niño.

—Es preciso, dijo el tío Giraud cuando el caballero le consultó: he sido yo quien ha hecho este matrimonio, y lo tengo por bueno y durable. ¿Quieres dejarles solos con su dolor? Camila te llama: partamos: yo iré contigo: no tengo mas que un pesar, y es que ella no me llama á mí.

—Tiene razon, pensó el caballero: yo he hecho sufrir tan inútil como cruelmente á la mejor de las mujeres: la he dejado morir de un modo espantoso, cuando hubiera debido velar por ella: sí, merezco ser castigado ahora por el espectáculo de la infelicidad de mi hija, y,

por mas penoso que me sea, debo resolverme y condenarme á él. Que la hija me castigue de haber olvidado á la madre! Iré á París, veré á ese niño! yo he desamparado lo que amaba, y me he alejado de la desgracia: quiero tener ahora el amargo placer de contemplarla.

En un lindo gabinete con ensambladuras, y en el entresuelo de una hermosa casa situada en el faubourg Saint German, se hallaban la joven y su marido cuando su padre y su tío llegaron: sobre una mesa habia dibujos, libros y grabados. El esposo leia: la esposa bordaba: el niño jugaba sobre la alfombra.

Al ver entrar al caballero y á su tío, el marqués se levantó. Camila corrió á su padre, que la abrazó tiernamente, y no pudo contener algunas lágrimas: pero las miradas de Mr. de Arcis se fijaron al instante en el niño: apesar suyo, el horror, que habia sentido otras veces por la desgracia de Camila, recobraba el sitio en su corazon, á la vista de aquella criatura, y retrocedió cuando se la presentaron.

—Será otro mudo! exclamó.

Camila tomó á su hijo en los brazos; sin oír á su padre, le habia comprendido: levantó dulcemente al niño delante del caballero y puso un dedo sobre sus pequeños lábios, golpeándolos suavemente, como para invitarle á hablar.

El niño se hizo de rogar algunos minutos; despues pronunció muy distintamente estas dos palabras que la madre no tuvo el inefable placer de oír:

—Buenos dias, papá.

—Ya veis que Dios perdona siempre, dijo el tío Giraud al caballero, que tomando á su nieto en los brazos, cayó de rodillas vertiendo llanto de alegría y dando gracias al Todo-poderoso con una fervorosa oracion.

Desde aquel dia, ni Mr. de Arcis, ni el viejo maestro de obras, se separaron ya de los jóvenes marqueses de Moubray: los veranos se pasaban, en familia, en Chardonneaux: los inviernos en París: el caballero se vió rodeado de una hermosa tropa de niños, que hablaban, cantaban y reian sobre sus rodillas, y sobre las del tío Giraud, al que no cesaba de dar gracias por haber llevado á efecto el casamiento de Camila, con la cual y con su marido seguia, por escrito, largas y amenas conversaciones.

(Traducción).

María del Pilar Sinués de Marco.

REVISTA DE LA SEMANA.

Revista 52.—Recuerdos.—Profecías.—Das cosas notables.—
Ella.

Hemos llegado á la última semana del año. Esta revista debe ser un recuerdo, lectoras mías.

Vosotras y yo hemos pasado un año como se pasa un río. Hemos tenido nuestros dias de penas y nuestros dias de desventuras. Hemos reido y hemos llorado. Hemos mantenido carñoso diálogo, vosotras desde vuestro tranquilo hogar, yo desde las columnas de un periódico.

En enero, nos contamos mutuamente el frío que teníamos.

En febrero, vosotras acudisteis al prado y á los bailes, para amenizar, con vuestras *bromas*, la seccion recreativa de este periódico.

En marzo, el viento se llevó mis palabras: os aseguré que estabais mas hermosas cuanto mas modestas, y vosotras, pícaras! no hicisteis caso de mis palabras.

No hicisteis caso, supuesto que en abril os presentásteis en los paseos exuberantes de lujoso adorno.

Mayo os regaló sus flores, con las que engalanasteis las trenzas de vuestros cabellos rubios, (ó morenos,) En aquel mes, alegres y bulliciosas, no pensabais tener sufrimientos.

Pero la dicha es breve, y hay un refran que dice, que donde menos se piensa salta la liebre. La liebre fué el cólera.

El cólera? de quien os burlásteis en junio y julio como si no temierais sus iras.

Os acordais del mes de agosto?

Fué el mes de los conciertos, de los paseos en barca, de las aventuras galantes en Deva y en Biarritz.

La muerte revoloteaba al rededor de España.

Setiembre se inauguró con recientes casos.

El cólera, gritamos todos, y el mas atrevido se encomendó á Dios con toda su alma.

El mes de octubre.....

Pero ¡válgame vuestra benevolencia! pues no estoy haciendo un resumen de todo lo que sabe cualquiera que ha vivido un año y ha leído EL ANGEL DEL HOGAR todas las semanas!

Perdonadme la torpeza, he aquí que al cabo de largos años de servicio en la espinosa carrera de la chismografía, no sé hacer una revista.

Fuerza será que me decida por hablar, no del año pasado, sino del año que viene.

¿Antes me permitireis que me despida del año pasado.

Si; yo debo decirle:—Adios para siempre, ciudadano insolente que te has divertido á costa de las clases sensibles! Adios y hasta nunca! Hora era ya de que te fueras con viento fresco!

La despedida no será muy poética, pero es lógica.

¿Merece otra un año en que no ha habido mas que desgracias?

A bien que el año sesenta y seis promete ser mas digno de nuestro particular aprecio.

Yo, que á veces recibo inspiraciones, si no del cielo, de la tierra, puedo contaros muchas de las cosas que han de suceder en el año que empieza mañana.

Oid al profeta.

Las niñas casaderas, cuyas condiciones morales sean dignas del aprecio de los *niños casaderos* que andan por esas calles, tendrán opcion al primer premio de la gran esposicion de cosas raras que se ha de abrir en esta villa y corte.

Tener por infalible que, antes y despues de carnaval, la juventud fea, es decir, nosotros los hombres, seremos formales, juiciosos y dignos de vuestra consideracion mas distinguida. Antes, porque esperaremos. Despues, porque habremos desesperado.

Puedo aseguraros tambien que el género tonto abundará estrordinariamente en la raza de los bípedos implumes, y que las niñas que.....

—Alto ahí, señor revistero de satanás, y basta de cháchara: todo eso es perder tiempo y papel inútilmente. ¿Acabaremos de una vez? Qué es lo que ha sucedido en la semana?

—¡Calle! pues tiene Vd. razon, de eso no habíamos dicho nada. Entro decididamente en mi terreno, y digo:

En esta semana no han sucedido mas que dos cosas notables.

Primera: que las propinas y las indigestiones han acabado con todo el género humano para un par de meses.

Segunda: que el revistero ha estado pensando ocho dias en decirles á sus lectoras:

—¡Me gustan ustedes mucho!

Pero en la imposibilidad de decírselo á todas, prefiere decírselo á una sola.

¿Quién es ella? ¿Quién es ella? preguntan todas ahora.

—Ella, respondo yo, es una niña que se pierde de vista... cuando la siguen sus admiradores en los jardinillos de Recoletos.

Y esto me obliga á exclamar entonando dos cantares de un poeta amigo mio:

En este largo desierto

muchos se mueren de sed,
yo voy buscando una fuente...
¡No sé si la encontraré!

Eusebio Blasco.

Á NUESTRAS SUSCRITORAS.

Terminamos con este número el año segundo de EL ANGEL DEL HOGAR, y no queremos empezar el tercero sin repetir al galante público, que tan lisonjera acogida le ha dispensado, toda nuestra gratitud, y en particular á nuestras suscritoras, de las que cada día recibimos nuevas pruebas de benevolencia y distincion.

Muchos deberes nos imponen estas para el nuevo año, pero no dudamos que podremos llenarlos, y que sabremos complacer á nuestras constantes y cada dia mas numerosas favorecedoras, decididos, como estamos, á no perdonar medio alguno para lograrlo.

En la seccion de labores, introduciremos considerables mejoras, á cuyo efecto hemos celebrado contratos con las mas acreditadas casas de París, y estamos preparando ya un precioso dibujo en tela, siguiendo la costumbre de años anteriores, y sin que nos arredren los crecidos gastos que nos ocasiona esta labor de tan útil é inmediata aplicacion, y que solo EL ANGEL DEL HOGAR ofrece á sus abonados.

En cuanto á nuestros figurines, no hemos pensado ni por un momento en cambiarlos, pues las cartas, que cada día recibimos, nos dicen que nuestras suscritoras los prefieren á todos, y que son los mas á propósito para la familia, por la elegantísima sencillez de sus trages, por lo distantes que se hallan de todo amaneramiento, y por la novedad y gracia de los modelos que presentan.

En suma, nuestro periódico seguirá siendo el amigo del hogar doméstico y la provechosa distraccion de las veladas de la familia en donde las señoritas hallarán útiles y entretenidas labores, agradables y morales historias, artículos de economía doméstica, de moral y religion y de todo aquello que recrea é instruye á la que es ó ha de ser buena esposa y madre ejemplar.

La Redaccion.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SÉNUEZ DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.



Instrucción moral.

Hija, esposa y madre, cartas dedicadas á la mujer, acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad, por María del Pilar Sinués de Marco, páginas 1, 9, 17, 23, 33, 41, 49, 57, 65, 73, 81, 89, 97, 105, 113, 121, 129, 137, 145, 153, 161, 169, 177, 185, 193, 201, 209, 217, 225, 233, 241, 249, 257, 265, 273, 281, 289, 297, 305, 313, 321, 329, 337, 345, 353, 361, 369, 377.

Artículos religiosos.

La festividad de la Pascua, por el conde de Fabraquer, página 108.
La invención de la Santa Cruz, por el mismo, páginas 123 y 131.
La capilla del Carmen de la Alameda de Sevilla, por Fernan-Caballero, página 187.

Novelas, leyendas y cuentos.

La buena fama, por Fernan-Caballero, página 4.
Hijo por hijo, por doña María Mendoza de Vives, páginas 7, 13, 29, 36, 46, 54, 60, 68, 74, 81, 93 y 99.
Fray Agustín, por D. Faustino Mendez Cabezo-la, páginas 20, 27, 35, 44, 52.
Un sueño, por doña Blanca Rosa Rodon, páginas 69 y 76.
Cristina, traduccion, por María del Pilar Sinués de Marco, páginas 100, 110, 118, 124 y 132.
La sombra de Ida, traduccion, por D. Jerónimo Lafuente, páginas 140, 149, 156, 164, 171 y 180.
Los deseos, traduccion, por D. José Marco, páginas 189, 196 y 204.
El velo blanco, traduccion, por María del Pilar

Sinués de Marco, páginas 205, 212, 220, 228 y 235.

Preferencias de un padre, por doña María Mendoza de Vives, páginas 236, 244, 253, 260, 267, 275, 283, 291, 299 y 308.

Lo que se vé en casa de la señora Tussaud, traduccion, por D. Jerónimo Lafuente, páginas 277, 283, 293, 301 y 309.

La pobreza vergonzante, por D. D. Fernandez Arrea, páginas 317 y 324.

Pedro y Camila, traduccion, por María del Pilar Sinués de Marco, páginas 325, 332, 340, 348, 356, 364, 371 y 380.

Sueño, por doña Blanca Rosa Rodon, páginas 331, 339, 347 y 351.

Poesías.

Juicio del año, por D. José Marco, página 3.
Los deseos inmoderados, por doña Antonia Diaz de Lamarque, página 11.
El cabello suelto, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, página 18.
Humildad, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez, página 27.
La Ilusion, por D. Manuel de Zequeira y Araujo, página 35.
Pérdida, por D. Eusebio Blasco, página 36.
Cantares, por A., página 38.
La ciega feliz, por doña Elisa Galan y Navarro, página 43.
El solteron, por D. R. Marcilla, página 51.
A un rayo de sol, por María del Pilar Sinués de Marco, página 59.
Revelaciones, por D. Lorenzo Campano, página 67.
Inquietud del alma, por doña Antonia Diaz de Lamarque, página 74.
A D. José Lamarque de Novoa, por D. Narciso Campillo, página 83.

ÍNDICE.

El ateo, por D. L. A. de C., página 84.
Aspiración del alma, por D. José Lamarque de Novoa, página 91.
Las lágrimas, por el marqués de Heredia, página 94.
Salmo 112, por D. José Martín y Santiago, página 98.
Cántico, por doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, página 107.
Tu amor y el mío, por D. Aristides Pongilioni, página 114.
Cuento, por D. Julio Monreal, página 122.
Madrigal, por D. Constantino Gil, página 130.
Mi retrato, por D. A. Fernandez Grilo, página 139.
La Margarita, por María del Pilar Sinués de Marco, página 147.
Ayl, por J. Alarcon y Melendez, página 154.
La muerte de mi hijo, por doña Patrocinio de Biedma de Quadros, página 163.
La violeta y el clavel, por D. Francisco J. Manrique, página 170.
Temores, por D. Eusebio Blasco, página 178.
Romance, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez, página 185.
La hija, por D. E. Llofrin y Sagrera. Pág. 195.
La rosa, por doña Antonia Diaz de Lamarque, página 202.
La amistad, por D. José Lamarque de Novoa, página 210.
A la Virgen María, por doña Elisa Galan y Navarro, página 219.
Saludo á Cádiz, por D. Narciso Campillo, página 226.
Fantasia, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez, página 234.
Al corazon, por D. Julian Romea, página 242.
Efectos de luz, por D. Constantino Gil, página 246.
Cádiz, por D. Juan Manuel Marin, página 250.
El verano, por doña Antonia Diaz de Lamarque, página 259.
A J., por D. Francisco J. Manrique. Pág. 267.
Salmo CIII, por D. Obdulio de Perea. Pág. 274.
 por D. Aristides Pongilioni, página 283.
Una lágrima á la memoria de mi madre, por don José Martín y Santiago, página 291.
La maledicencia, por doña Antonia Diaz de Lamarque, página 298.
Al Sacramento, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez, página 307.
A la memoria de la señorita doña Encarnacion Blasco y Soler, por María del Pilar Sinués de Marco, página 314.
La luna tras los cipreses, por D. J. M. Marin, página 322.
La caridad, por D. Lorenzo Campano, página 324.

La cruz, por D. Pedro María Barrera, página 331.
A la memoria de un ángel, por D. R. Zamacois, página 339.
Fábula, por D. Jerónimo Lafuente, página 346.
A la Purísima Virgen María, por doña Antonia Diaz de Lamarque, página 354.
A la Purísima Concepcion, por doña Patrocinio de Viedma de Quadros, página 355.
A la memoria del eminente poeta D. Ventura de la Vega, por D. Lorenzo Campano, página 362.
Ante el retrato de mi madre, por D. José de Castro y Pita, página 364.
Cantares, por D. Juan Manuel Marin, pág. 371.
La modestia, por D. M. Ramos y Carrion, página 378.
Contrastes, por D. E. de Lustonó, página 380.

Variedades.

Deberes de la mujer, por D. Eusebio Blasco, páginas 6 y 43.
No se hizo la miel... por D. Jerónimo Lafuente, páginas 12 y 21.
Hojas para un libro, por D. J. J. Gimenez Delgado, página 62.
Bondad infantil, por D. Domingo Fernandez Arrea, páginas 84 y 91.
Revistas de la semana, por D. Eusebio Blasco, páginas 86, 95, 103, 110, 119, 126, 133, 143, 150, 159, 166, 174, 181, 190, 193, 206, 214, 223, 230, 238, 247, 255, 262, 270, 279, 286, 295, 319, 326, 334, 342, 351, 359, 366, 375 y 383.
La rosa de oro, por M., pág. 101.
Los pobres perros abandonados, por Fernan-Caballero, pág. 115.
El espejo, por el vizconde de San Javier, página 140.
La calle del mal Consejo, por D. Carlos Pravia, páginas 148, 154 y 163.
Sentimientos, por D. Antonio Fernandez, página 157.
Crónicas de Paris, por D. Jerónimo Lafuente, páginas 172, 197, 237 y 268.
La india, por el vizconde de San Javier, página 179.
Las espigas de trigo, por Schmid, pág. 184.
Las perlas, por el vizconde de San Javier, páginas 195 y 203.
Adios á Valencia, por D. Mariano Ponz, páginas 211 y 219.
Carta á las suscriptoras de EL ÁNGEL DEL HOGAR, por María del Pilar Sinués de Marco, páginas 229 y 246.
El fin de la comedia, por D. Jacinto García Perez, páginas 242 y 252.

El odio, por D. Eusebio Blasco, página. 302.
Invenion de las pelucas, por el vizconde de San Javier, página 311.
La piedra, por Schmid, página 311.
Algunos rasgos de la época actual, por doña Enriqueta Madoz de A., páginas 315 y 322.
Cadáveres, por D. Juan Manuel Marin, página 363.
El sombrero de copa, por D. Constantino Gil, página 378.

Modas.

Revistas, por Pamela: páginas 15, 30, 47, 79, 134, 167, 183, 215, 263, 287, 303, 335 y 367.
Confecciones, por la misma: páginas 63, 232 y 248.
Esplicaciones y aplicaciones de figurines, por la misma: páginas 8, 24, 40, 56, 71, 87, 103, 111, 127, 144, 160, 176, 192, 207, 224, 239, 256, 271, 280, 296, 311, 327, 344, 360 y 376.

Teatros.

Revistas, por una madre de familia, páginas 23, 38, 55 y 70.

Labores.

Esplicaciones de los dibujos de tapiceria, por Pamela, páginas 16, 120 y 304.
Idem de una pila para agua bendita, por la misma, pág. 32.
Idem de un tapetillo para lámpara, por la misma, página 152.
Idem de los pliegos de patrones, por la misma, páginas 48, 216, 320 y 336.
Idem de un dibujo en tela, por la misma, 136.
Idem de los dibujos de crochet, por la misma, páginas 80, 168 y 264.
Idem de los pliegos de bordados, por la misma, páginas 96, 200, 336, 352 y 368.
Idem de modelos de lenceria, por la misma, página 288.

Advertencias.

El Reino de los niños, por la redaccion, pág. 88.
A nuestras suscritoras, por la misma, página 384.

GRABADOS Y DIBUJOS.

Figurines de trages.

Números 1, 3, 3, 7, 9, 11, 13, 14, 16, 18, 20, 22, 24, 26, 28, 30, 32, 34, 35, 37, 39, 41, 43, 45 y 47.

Confecciones.

Números 8, 29 y 31.

Patrones.

Números 6, 27, 40 y 42.

Labores.

Dibujos para tapiceria, números 2, 15 y 38.
Pila para agua bendita, núm. 4.
Dibujos para crochet, números 10, 21, 33 y 46.
Idem para bordados, números 12, 25, 42 y 46.
Idem en tela, núm. 17.
Tapetillo para lámpara, núm. 19.
Modelos de lenceria, núm. 36.
Abecedario, núm. 44.

Nota.

Además han recibido los suscritores tres tomos de la *Galeria de Mujeres célebres*, escrita por la señora Sinués de Marco, los cuales van ilustrados con los correspondientes retratos y comprenden las leyendas de LA CONDESA DE GENLIS, EVA, JUANA D'ARC, CATALINA GABRIELLI, ELOISA Y MARIA TERESA DE AUSTRIA.